

AQUÍ Y AHORA



Miguel Ángel Hernández

AQUÍ Y AHORA
Diario de escritura

fórcola
Señales

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

ANTONFROZEN, 2007. Figura a tamaño real. Resina de poliéster, polvo de mármol. Motor compresor. Hielo. Luz fluorescente. Bernardí Roig. Cortesía: Galería KEWENIG, Berlín/Palma

© Miguel Ángel Hernández Navarro, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-8236-2019

ISBN: 978-84-17425-33-3

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

«¿Cuántas veces contamos la historia de nuestra vida? ¿Cuántas veces la adaptamos, la embellecemos, introducimos astutos cortes? Y cuanto más se alarga la vida, menos personas nos rodean para rebatir nuestro relato, para recordarnos que nuestra vida no es nuestra, sino sólo la historia que hemos contado de ella. Contado a otros, pero, sobre todo, a nosotros mismos.»

JULIAN BARNES

PRÓLOGO

En julio de 2016, mes y medio después de regresar de un curso académico en la Universidad Cornell, emprendí el proceso de redacción de mi tercera novela, *El dolor de los demás*. Por alguna extraña razón que aún no me explico, en lugar de concentrarme sólo en la tarea que había iniciado, el mismo día que comencé a escribir la novela abrí también un diario cuyas entradas fueron divulgadas semanalmente por la web de la revista *Eñe*. Se trataba de mi tercer diario público, después de *Presente continuo*, publicado en el periódico *La Opinión*, y de *Diario de Ithaca*, escrito para el programa de radio *Preferiría no hacerlo*. Sin embargo, a diferencia de estos dietarios, *Aquí y ahora* no surgió motivado por un encargo, sino por una especie de pulsión de escritura que me llevó a documentar la toma de decisiones y las inquietudes en el proceso de creación de la novela. Curiosamente, *El dolor de los demás* acabó acercándose más tarde a la forma del diario, tanto en la exploración de la intimidad y la vida cotidiana como en la reflexión sobre el proceso de escritura. Y el diario, que, por un lado, se convirtió en un *making of* de la novela, también comenzó a funcionar en sí mismo como una novela –una novela en curso, como observó Juan Gómez Bárcena, editor de la sección digital de *Eñe*–. Una narración con un objetivo en el horizonte, la redacción de un primer manuscrito, y con unos personajes y unas andanzas atravesados de principio a fin por la literatura. Si el sentido de la novela era la transformación de la literatura en realidad, el diario emprendió el camino contrario: la conversión de la vida cotidiana en literatura.

Durante cuarenta y tres semanas, hasta mayo de 2017, escribí prácticamente todos los días. Al llegar la noche, antes de irme a la cama, esbozaba las entradas. Y cada lunes por la mañana, antes de enviar el documento de Word a la web, le daba forma a la semana, como si se tratase de un capítulo o un relato independiente. Algunas semanas, la novela en proyecto no era más que un deseo que sucedía fuera de campo. Otras, la obsesión se convertía en largas sesiones de escritura y aislamiento.

Cuando se publicó la novela, algunos de los lectores ocasionales de la web se vieron sorprendidos con las resonancias que encontraban en el diario. Vivencias, lecturas y experiencias que conectaban el contenido de lo publicado con el de la novela, que lo completaban o incluso que presentaban conflictos con lo que habían leído: disonancias temporales, referencias cruzadas y caminos de ida y vuelta. Los que lean ahora estas páginas, después de haber leído la novela, recorrerán un camino inverso: el del reconocimiento, pero también el de la estupefacción por todo aquello que a veces se esconde detrás de la escritura, lo que queda fuera de la narración y, sin embargo, es esencial para que ésta tenga sentido, o lo que acaba modificándose para adaptarse a la trama y convertirse en literatura.

La novela y el diario forman parte del mismo impulso literario. Hay un *continuum* entre ambos libros. Y al mismo tiempo se trata de obras diferentes. Obras que pueden leerse de modo independiente, alterno o cruzado. Transitan por el mismo mundo. Cada uno a su manera. Y también con su tono particular. En el caso de este diario, regreso a la segunda persona y la frase corta que ya utilicé en *Presente continuo*. Un tono que, por alguna razón, se me hace natural para apresar los instantes cotidianos y que, bien pensado, es en sí mismo un personaje, el modo característico de

mostrarse de un yo, un sujeto que se afirma y se construye a través de la escritura.

Este libro recoge las entradas que fueron publicadas en la web de la revista *Eñe* entre julio de 2016 y mayo de 2017, pero también incluye un epílogo inédito que resume el tiempo que media entre la finalización del primer manuscrito y los meses posteriores a la publicación de la novela. Un capítulo final que completa la reflexión sobre la creación literaria, pero que sobre todo se adentra en algunos episodios relevantes derivados de la recepción del libro. Muchos de ellos podrían constituir la base de una eventual segunda parte de *El dolor de los demás*, pero están tan ligados a la experiencia vital y cotidiana que he decidido incluirlos en este diario de escritura. Con ellos podría decirse que concluye también la novela. En otro lugar. Fuera de campo. A través de ecos y reverberaciones. Aquí y ahora. Tiempo después.

Murcia, enero de 2019

AQUÍ Y AHORA
Diario de escritura

www.elboomeran.com

2016
(JULIO-DICIEMBRE)

AQUÍ Y AHORA

Comienzas. De nuevo. Otra vez. En segunda persona. Regresa el tono. El presente cortante. Te habías prometido dejarlo. Dejarlo después de Ithaca. Dejarlo después de verte obligado a escribir. Pero hay algo que no te deja a ti. Necesitas escribir. Son tus dedos. Se mueven solos sobre el teclado. Comienzan incluso antes de que tú les des permiso. O sí. Claro. Permiso. Se lo has dado mucho antes. El cuerpo, por delante de la razón. Siempre. El cuerpo piensa. Los dedos escriben. Después estás tú. Pero sólo después.

Necesitas un título. Uno nuevo. Ahora. Ya no más *Presente continuo*. Ha finalizado aquel tiempo sin pausa. Ya no más *Diario de Ithaca*. No hay ahora un espacio diferente y exótico. Estás en casa, detrás de la ventana, encerrado en tu habitación. Se han acabado las grandes aventuras. Sólo quedan lecturas, noches largas y sesiones de escritura. Todo sucede aquí y ahora. Quizá ése sea un buen título. Al menos uno. *Aquí y ahora*.

Pero también hay algo en el horizonte. Un objetivo. Una novela por escribir. Eso es el futuro. El camino. La escritura por venir. Por alguna razón, cuando la escritura se vuelve futuro, necesitas también la escritura del presente. Cuando todo se proyecta hacia un tiempo que tardará en llegar, regresa la necesidad de dejar constancia de los días y las horas. Cuando la vida desaparece porque todo se convierte en un medio para un fin, la escritura reclama su presencia como fin en sí mismo. Por eso regresas al diario

cuando comienzas a escribir la novela. Porque el futuro no es nada sin el presente. Porque los días se borran cuando uno mira hacia el horizonte. Porque la literatura no es nada sin la vida que hay detrás de ella. Por eso decides también el subtítulo: *Diario de escritura*.

Empiezas ahora, la misma semana en que abres un archivo de Word y pones título a tu novela: «Tercera novela.docx». Un título tentativo. Aún no es nada. Tienes cientos de páginas escritas. Y varios años de reflexión sobre lo que quieres escribir. Pero aún no un comienzo como el que tiene lugar estos días, cuando decides encerrarte por fin, cuando decides comenzar a desconectar del mundo para volver a conectar contigo, cuando decides que ha llegado el momento de volver a escribir.

Veinte años. Ése es el tiempo en el que vas a vivir a partir de hoy. Una noche. Una de las más amargas de tu vida. De momento no puedes decir más. No quieres. Tampoco sabes cómo hacerlo. Pero ya está el cuaderno abierto. Y el archivo. Y el programa. Y la pantalla. Y las venas llenas de historias que ya no se aguantan a salir.

Y, sin embargo, ahora, precisamente ahora que deberías dejar fluir esa historia, ahora que deberías no mirar hacia los lados y centrar todas tus fuerzas en escribir eso que te quema por dentro, ahora, precisamente ahora, comienzas este diario.

DOS MESES

Han pasado casi dos meses desde que regresaste de Ithaca y no has parado un momento. Has conseguido por fin una plaza de profesor titular en la universidad, has visto al Madrid ganar la Undécima rodeado de escritores en la Feria del Libro, has paseado con Mieke Bal por el Museo del Prado y la has visto demorarse con pasión en cada detalle

de la pintura de El Bosco, has presentado tus ideas sobre estética migratoria en Berlín junto a Saskia Sassen, te has emborrachado con un refugiado palestino y un superviviente de la guerra de los Balcanes hasta altas horas de la madrugada, has presentado tu novela en Zaragoza y un escritor te ha mordido en el brazo, has bailado en Bilbao en el concierto de New Order y has podido ver por fin el Guggenheim, te han hecho el control de alcoholemia por primera vez en tu vida y milagrosamente has dado negativo, te has puesto tres veces corbata, has cantado en un karaoke una canción de Julio Iglesias..., has regresado a casa varias veces sin saber si era tarde o temprano. Todo esto podría ser un resumen de estos dos meses. Eso y los libros que has leído. Eso y las películas que has visto. Eso y las veces que has amado. Eso y más de mil cosas. Y entre todas ellas, una que debe ser más que una línea entre todo lo ocurrido, una que, en el fondo, está en el origen de este diario que ahora retomas:

Jueves, 30 de junio de 2016. Diálogo con Enrique Vila-Matas en La Central. Un sueño hecho realidad.

Llegas a Barcelona con Leo la noche anterior y cenáis con unos amigos. Al día siguiente te levantas nervioso. Llevas varios días preparando el encuentro y tienes que pasar a limpio las preguntas. Mientras desayunas, comienzas a ordenarlo todo y te das cuenta de que tienes allí conversación para varias horas. Has hablado en cientos de eventos, pero ninguno hasta el momento te ha puesto tan nervioso. Es el escritor al que más admiras, el que más ha influido en todo lo que escribes, es la oportunidad de conversar con él en público, pero también es la posibilidad de fracasar, de hacer el ridículo y no estar a la altura, o de querer ser más listo de la cuenta y pasarte por el otro lado.

A las cinco comienzan los nervios verdaderos. Enrique os invita a tomar café en su casa y no sabes cómo actuar.